**LA MAGIA DE LOS MICROCUENTOS**

**Marcianos**

El profe Cárdenas nos hacía clases de astrofísica en la Universidad. Era un hombre serio, cincuentón, con el poder de hacernos callar con solo una mirada. Era también respetado en la Facultad por su extensa trayectoria y conocimientos, siendo una figura de inspiración para los estudiantes. Por eso, cuando un día no llegó a clases, la Facultad entera se conmocionó. Mayor fue la sorpresa de todos cuando volvió, sucio y trastornado, gritando que fue abducido. El otro día me lo encontré en el Paseo Ahumada, con una caja de vino en la mano, anunciando a los transeúntes una invasión inminente. Natalia Barra, 16 años, Maipú

**Puntual desprevenida**

 Fueron tan confianzudos en su saludo que hasta pensé que los conocía. Les pregunté inmediatamente quiénes eran y qué querían. Ellos respondieron a coro: “Somos la Palabra de Dios”. Velozmente desenfundé mi cámara y les saqué una foto, para confirmar su existencia. Giuseppina Pabst, 23 años, Ñuñoa

**Zoológico**

Antes de que el chorro alcanzara su cuerpo cansado, tras la larga caminata por Santiago, el pobre pingüino buscó refugio. Vio pasar al zorrillo, al guanaco y las tortugas. El mundo era un zoológico. Alexis Cifuentes, 18 años, Santiago

**Inútil y subversivo**

 Vestí mi uniforme y salí a la calle, reclamando los derechos de los estudiantes. Corrí la Alameda mil veces, huyendo de la represión. Mojaron mi escudo protector con agua del Mapocho. Respiré lacrimógenas. Sentí la adrenalina, la alegría de movilizarse. Escuché que me dijeron: “Es por tu futuro”, y fui y marché revolucionando Santiago. Grité la consigna más fuerte que pude. Quizás nadie me oyó. Me convertí en el inútil y subversivo más pequeño. Así me lo dijo mi mamá, quien me esconde bajo su jumper y me lleva en su vientre hace apenas cuatro meses. Carlos Cornejo, 51 años, Lo Espejo

**La hora punta**

A Braulio le gustaba la hora punta en el metro. Se colaba entre los intersticios que quedaban entre humano y humano para cultivar su peculiar inclinación a frotarse contra cuerpos anónimos. El reto era no ser descubierto, lo que se volvía realmente difícil en verano cuando la poca ropa amenazaba con delatarlo. En una de esas ocasiones, su víctima, un voluminoso hombre de la construcción, al sentirse acosado por la retaguardia, reaccionó con rapidez y, volviéndose bruscamente, le agarró la cara con sus grandes y callosas manos, plantándole en medio de la boca un jugoso y apretado beso.

 Adriana Parra, 24 años, Santiago